

Me entrego

Hace muchos años que soy yo la que aprende en la Escuela. Los alumnos pagan por aprender, mientras que yo cobro por hacerlo. Sé que con esta confesión podrían acusarme de estafadora, pero permítanme al menos elaborar mi defensa antes de condenarme.

Entré con el título recién enmarcado y, ya que estoy en tren de confesiones, admito también que tenía la soberbia del que es muy consciente de lo que sabe y muy poco consciente de lo que le falta aprender. Por suerte, me duró poco. Ante las primeras dificultades, llegué a consolarme diciéndome que la facultad no me había preparado para determinadas situaciones, que el libro de texto no enfocaba el tema de la mejor manera o que un alumno o un padre eran particularmente difíciles. De a poco la Escuela me iría mostrando la diferencia entre tener un título y ser una profesional con título. Si no siempre de forma directa, la Escuela me permitió el contexto ideal para aprender mediante ensayo y error.

Ahora sé que no es excusa que la carrera de grado no nos haya preparado para absolutamente todo y, de todas formas, tampoco sería justo pedírselo. No podemos pedirle mucho más que conocimientos y habilidades. La actitud profesional se logra con la práctica en un lugar que acompañe y fomente ese aprendizaje al permitirnos trabajar con colegas de primer nivel y dar clases con las puertas abiertas.

Hoy, por suerte, las inquietudes que surgen de las aulas me empujan a perseguir congresos y a generar lazos más fuertes con colegas, no a generar excusas. Y todo esto es posible gracias a la generosidad de la Escuela de facilitarnos este crecimiento académico constante y también a su habilidad de presionarnos lo justo y necesario para desafiar nuestros límites. Si bien esto es lo que hacemos todos los días con nuestros alumnos, no siempre logramos hacerlo con nosotros mismos. No sé si habría entendido lo importante que sería para mi crecimiento publicar trabajos, moderar mesas en jornadas o dar talleres con colegas. Creo que no me habría sentido siquiera capaz de hacerlo. Como tampoco me habría sentido capaz de diseñar exámenes, organizar entregas de certificados o tener reuniones con padres.

Hoy por hoy estoy convencida de que no hay lugar más privilegiado donde estar que en uno que promueve tanto el aprendizaje de sus alumnos como el de sus docentes. Sería negligente de parte de una institución permitir que perdamos las ganas de aprender. Sería imposible contagiarle a un alumno algo que no tenemos porque perdimos al colgar el título en la pared.

Sé que lo que voy a decir podría agravar mi situación y sumarle años a mi sentencia, pero el tren de las confesiones no hace más que aumentar su velocidad y ya no lo puedo parar. Confieso que en mis alumnos encontré el secreto de la juventud eterna. Me acercan la jerga y la cultura adolescente, y haciendo alarde de este conocimiento me quito unos años de encima de vez en cuando.

No dejan de sorprenderme y desafiarme. El ritmo de sus chistes, sus preguntas y sus asociaciones que son todavía mucho más libres que las de un adulto, me mantienen en

forma. Además, recorro a ellos para resolver problemas técnicos que puedan surgir en el aula y no les pago.

Me veo obligada a exponer una vez más mi ética y confesar que además de usarlos como rejuvenecedores cerebrales y explotarlos sin paga, experimento con ellos. Hacen un pequeño sacrificio a beneficio de los alumnos de años siguientes. Son mis chanchitos de indias sobre los que pruebo actividades, lecturas y películas. Con cada camada voy calibrando mi intuición de lo que puede funcionar mejor en el aula.

También abuso de la autoridad que me da el rol para obligarlos a participar de concursos de escritura que diseño a la medida justa de mis “víctimas”. Con ellos confirmé mis sospechas de que no fomentamos lo suficiente su imaginación y quizás con esto les estemos diciendo sin querer que la imaginación no importa. Este experimento también me sirvió para derribar prejuicios. El que sostiene que los adolescentes son apáticos sin dudas hace mucho que no mira a uno a los ojos.

Sigo acumulando aprendizaje descaradamente e incluso el ritmo aumentó hace tres años cuando la Coordinación me permitió cambiar el ángulo de la mirada y con este cambio amplí el espacio del aula. Ahora no sólo aprendo de mis alumnos, sino también de mis colegas. La posibilidad de observar clases y ser alumna nuevamente por un rato, me enseñó mucho más de lo que creía posible. Entre las gemas más valiosas que me llevo, aprendí a señalar lo bueno primero y lo corregible después.

Creo que no paro de agravar mi situación con tanta confesión. Prefiero callar en este punto y cerrar con una breve reflexión y con un cuento que quizás logre endulzar al jurado.

Hace muchos años que soy yo la que aprende en la Escuela, lo admito. Pero, en mi defensa, desde que me di cuenta de eso, tengo sin dudas mucho más para enseñar.

Change of seats

She had worked in the same place for several years. Always doing her best out of default setting, not really aiming at anything other than achieving the task at hand. In her mind, that's all there was. But there was more, of course. She just hadn't been paying attention.

Everything was moving so fast around her that she constantly felt she was lagging. She had felt static, yet dizzy for so long and then, apparently out of the blue, she was offered a promotion. She took it even though she wasn't fully aware of what the promotion meant.

She was very busy for a while learning the ropes of the new position, dreading the next mistake. Nothing really sank in for that whole year until she had to attend the same ceremony she had attended so many times before only now she was doing so in a different capacity.

She had been sat with the other members of the school board, at a slightly different angle from previous years. She had always liked the choir but when she heard the first note that day she understood where the beauty of it all started. For the first time, she could see the passion in the face of the maestro getting across to the boys and girls singing, so loud and so clear. She couldn't keep that tear from rolling.

Moving. Finally.

Julia Pich